

302

Biblioteca DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

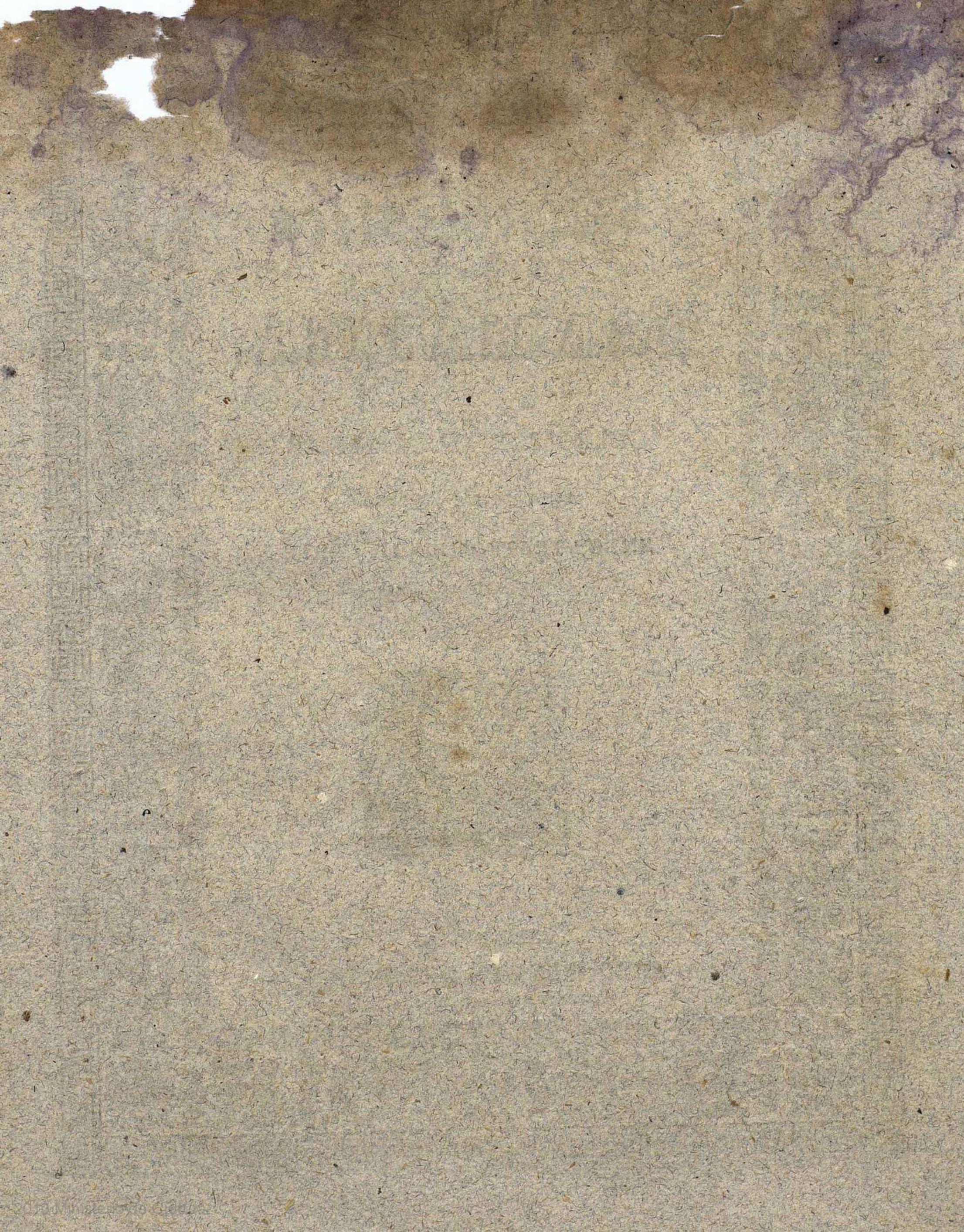
REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan
Rios, Perez y Cuesta.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

LOS PASTELES DE MARIA MICHON.

Comedia en dos actos, sacada de la segunda parte de los Mosqueteros de Alejandro Dumas, y arreglada á la escena española por D. RAMON DE NAVARRETE, estrenada en el teatro del Principe el 5 de noviembre de 1847.

PERSONAS.

ACTORES.

- MARIA MICHON. Doña Josefa Palma.
- EL DUQUE DE BEAUFORT.. Don Florencio Romea.
- M. DE CHAVIGNY, gober-
nador de Vincennes. Don Pedro Lopez.
- LARAMEE, sargento. . . . Don Mariano Fernandez.
- GRIMAUD. Don Antonio de Guzman.
- MARTEAU, posadero. . . . Don Juan Torroba.
- PLANCHET, mozo de po-
sada. Don Mariano Muñoz.
- NOIRMONT, cocinero del
duque. Don Patricio Sobrado.
- Soldados.

La escena pasa en Vincennes en diciembre de 1643; el primer acto en la posada del Sombrero encarnado; el segundo en una habitacion de la torre.

ACTO PRIMERO.

Sala de una posada. Puerta y ventana en el fondo. Puertas laterales. A la derecha un farol clavado en la pared.

ESCENA PRIMERA.

MARTEAU, PLANCHET, y soldados bebiendo.

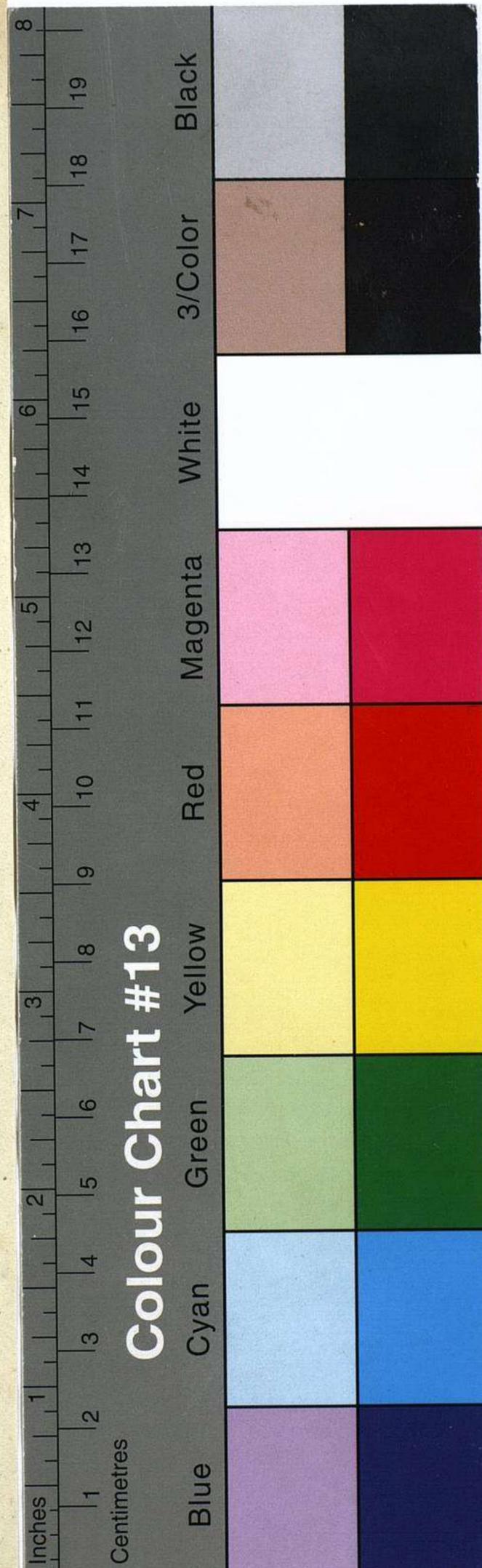
UN SOL. Tio Marteau, vino, vino!
 LOS DEMAS. Vino, vino!
 MAR. (yendo y viniendo.) Allá voy, señores.
 OTRO SOL. Baja á la bodega, Planchet.
 MAR. Si, si, muchacho, ve corriendo; trae de lo añejo para estos señores. Camaradas, si me lo permitis, yo echaré tambien un brindis con vosotros á la salud de S. E. el cardenal ministro... y tambien á la del ilustre preso, el señor duque de Beaufort, que, segun dicen, va á ser trasladado de la Bastilla á Vincennes.
 TODOS. Por el duque de Beaufort!

MAR. Si, si... á su felicidad... interior! Guárdele muchos años la torre de Vincennes para sosiego de su Eminencia, y prosperidad de mi posada!
 SOL. 1.º En verdad que no os viene mala ganga, tio Marteau.
 MAR. Ya lo creo! En primer lugar, y en atencion á la importancia del nuevo preso, se aumentará la guarnicion del castillo; y ademas, ¿no iban en tropel las señoras mas encopetadas de Paris á ponerse en frente de las ventanas de la Bastilla, para contemplar desde allí al augusto cautivo? Pues tambien vendrán á mi establecimiento á acecharle cuando se asome á su torreón. Aquí estarán mas cómodas, y cáspita! no me quejaré yo de su comodidad!

ESCENA II.

Dichos, GRIMAUD en traje de camino. — Entra sin saludar á nadie, con el sombrero puesto, y despues de mirar á derecha é izquierda, se sienta delante de una mesa.

MAR. (mirándole.) Calle! Y quién es ese original que se sienta allí sin decir una palabra? No tiene trazas de ser un gran personaje. (acercándose.) Camarada ¿quereis algo?
 GRI. Beber!
 MAR. Y qué quereis beber?
 GRI. Vino.
 MAR. Se entiende; y de cual?
 GRI. Bueno.
 MAR. No tengo otro. Mas de qué color?
 GRI. Blanco.
 MAR. (yendo á buscar una botella y un vaso que encuentra en un armario del fondo.) Lo tengo excelente. Y, no deseais alguna otra cosa?
 GRI. Pan!
 MAR. Y con el pan?
 GRI. Jamon.
 MAR. Cómo?



GRI. Frito.

MAR. Nada mas?

GRI. No.

MAR. (*acercándose á los soldados.*) Qué os parece de este oso? No, no peca de hablador! (*llamando.*) Planchet! Sirve á ese caballero.

PLAN. Al instante, mi amo.

MAR. Y sobre todo, no charles mucho con él.

PLAN. Está muy bien. (*sirve á Grimaud que permanece silencioso.*)

SOL. 1.º Vamos, tío Marteau, otra botella!

SOL. 2.º Del mismo; pero que sea mejor!

ESCENA III.

Dichos, M. CHAVIGNY, LARAMÉE.

CHA. Hola! Hola! Muchachos, parece que no lo haceis mal.

TODOS. (*Levantándose y llevando la mano al sombrero.*) El comandante!

MAR. Mr. de Chavigny! El señor gobernador de Vincennes en mi posada! Qué honor tan inesperado!

CHA. Por lo visto este es vuestro punto de reunion, eh?

LAR. Hay aqui un vinillo muy agradable, mi comandante; y cuando uno ha pasado el dia con el arma al brazo delante de una prision, no viene nunca mal descansar, y humedecerse el gaznate con el zumo de Baco.

CHA. (*á los soldados que continúan en pie.*) No os incomodeis por mi, muchachos. (*los soldados vuelven á sentarse.*) No os lo digo como reconvenccion, sargento Laramée, porque no soy de esos gobernadores de ciudadela implacables para el servicio; yo por el contrario, soy afable y tolerante; pero fusilaria como un conejo al que tuviese relaciones sospechosas con alguno de mis presos.

LAR. Notad, mi comandante, que esta apreciable taberna, tiene la ventaja de hallarse situada en frente del castillo; de modo que es al mismo tiempo un lugar de recreo y un punto de observacion.

CHA. Justamente por eso me he trasladado aqui, sargento Laramée: he venido á ver si desde esta ventana que mira á la torre, se pueden hacer algunas señales.

MAR. Oh! no tal, señor gobernador!

CHA. Silencio, tabernero! Si... (*mirando por la ventana.*) Se distingue perfectamente la lumbrera que da luz al cuarto donde vamos á alojarnos, á costa de S. M., al señor duque de Beaufort. Por otra parte, aunque se divise la punta de la nariz de S. A., no importa nada: eso bastará para probar que no le envenenamos.

LAR. Además, yo lo pruebo asimismo, probando todos los dias sus alimentos.

CHA. Y añaden que los probais tan bien, que á las veces no dejais nada.

LAR. Es por patriotismo.

CHA. Se entiende: patriotismo por llenar la panza; ese es muy frecuente en el dia.

LAR. Mi comandante, me atreveré á dirigiros una preguntita?

CHA. Os concedo el permiso, sargento, porque me gusta recompensar á mis subalternos cuando cumplen regularmente con sus deberes.

LAR. ¿Es tan culpable M. de Beaufort para que

se le vigile con tanta precaucion, siendo un principe de la familia real, un nieto de Enrique IV?

CHA. Amigo Laramée, habeis tocado una importantisima cuestion de estado. No obstante, os diré de pasada, que el señor duque, aunque sea nieto de Enrique IV, es el gefe de la Fronda, el enemigo de la reina madre, el amigo del pueblo, el terror del cardenal Mazarino, cuyo poder y cuya vida ha amenazado. Asi, todo seria perdido si llegára á escaparse!

LAR. Ah! Creeis que seria perdida la Francia si cayese el primer ministro?

CHA. Sin duda... porque yo perderia mi empleo.

LAR. Y yo el mio. Teneis razon, comandante; grave fuera entonces la situacion de la Francia!

CHA. Asi, debemos desplegar la mas activa vigilancia. (*á Marteau.*) Acércate, posadero.

MAR. (*acercándose con respeto.*) Qué me manda Monseñor?

CHA. Escucha; en adelante cerrarás tu taberna á las ocho de la noche.

MAR. A las ocho?

CHA. Tal es mi voluntad. Luego, no alquilaréis ningun cuarto sin previo permiso mio.

MAR. Pero Monseñor...

CHA. Yo lo mando. Además, si hacen la menor señal desde tus ventanas, las hago tapiar en el instante.

MAR. Misericordia!

CHA. A propósito, sargento, aguardo á un hombre el cual debe venir á auxiliarnos en vuestras funciones, que serán muy fatigosas en lo sucesivo. El secretario intimo de S. E. me anuncia su llegada, y ya deberia estar aqui...

GRI. (*levantándose.*) Presente!

LAR. (*sorprendido.*) Cómo! Serias tu por casualidad?

GRI. Yo soy.

CHA. Acércate, ven á que te examine.

GRI. Miradme!

CHA. Quién eres?

GRI. El hombre.

CHA. Qué hombre?

GRI. Esperado.

CHA. Esperado, dónde?

GRI. Aqui.

CHA. Y eres tú quien viene de parte...?

GRI. Si.

CHA. Pruebámelo.

GRI. Tomad! (*dándole una carta.*)

CHA. Es muy sóbrio de palabras: esto habla ya en su favor. (*recorriendo la carta.*) «Mudo como un pescado; sordo como una pared; insensible como un cerrojo...» Pues es un tesoro este hombre! Cómo te llamas?

GRI. Grimaud.

CHA. Es menester disponerlo todo para la llegada de nuestro noble cautivo, al que aguardo de un instante á otro. Ven, pues, conmigo; yo mismo quiero instalarte.

GRI. Voy.

CHA. Siempre ojo avizor, entiendes?

GRI. Entiendo.

CHA. Ahora, amigo mio...

GRI. Ea!

CHA. (*imitándole riéndose.*) Ea! (*vase seguido de Grimaud que marca el paso.*)

ESCENA IV.

MARTEAU, LARAMEE, soldados.

LAR. (misteriosamente á Marteau.) Esta noche despues de la queda, vendremos con otros camaradas á probar el rico guisado de liebre que debes hacernos.

MAR. Pero, y la nueva orden, sargento?

LAR. Esa solo se entiende con la plebe! (Laramee y los soldados se van.)

ESCENA V.

MARTEAU, luego PLANCHET.

MAR. Cáspita con el gobernador! Cerrar á las ocho; pedirle permiso para alojar huéspedes; tapiar mis ventanas...! Y yo que creia que la llegada del nuevo preso iba á enriquecerme! Buen modo de empezar! Felizmente, el sargento Laramee es un pobre diablo muy tragón, y con algunos buenos bocados le taparé la boca. (llamando) Planchet! (sale este.) Ven acá, querido; arreglemos todo esto, y cerramos la taberna. Ya es de noche y no esperamos á nadie... Echa el cerrojo á la puerta.

PLAN. (despues de cerrarlo todo.) Ya está, mi amo.

MAR. Perfectamente; estoy muy contento de ti... bautiza bien el vino, y en recompensa te daré tres pieles de conejo para que bebas.

PLAN. Tres pieles de conejo!... Viva el amo. (vase.)

MAR. Y yo voy á guisar la liebre, para que se regale el sargento. Mucha pimienta, he aqui la primera regla del oficio, porque la pimienta llama al vino. (va á marcharse, pero oye llamar y se detiene.) Me parece que han llamado!

UNA VOZ. (dentro.) Abrid.

MAR. Está cerrada ya la casa.

VOZ. Abrid os digo! (llaman mas recio.)

MAR. Tiene trazas de ser voz de oficial! Por otra parte ¿qué arriesgo en abrir? (abre: Noirmont empuja y entra.) Entrad, mi capitán.

ESCENA VI.

MARTEAU, NOIRMONT, embozado en una capa larga, y con un sombrero de alas anchas.

NOIR. No os ha costado poco decidiros á abrir!

MAR. Caballero oficial, es que...

NOIR. Silencio. Sois el dueño de la taberna?

MAR. Si.

NOIR. Estais solo?

MAR. Segun veis. Pero no puedo recibir á nadie.

NOIR. (yendo hácia la puerta.) Bueno. Entrad, señora.

MAR. Cómo! Entrar? No os digo?...

NOIR. Silencio!

ESCENA VII.

Dichos, MARIA en traje elegante, pero no lujoso.

MARIA. (con altivez.) Por qué me habeis obligado á aguardar?

NOIR. Es que el posadero se hizo rogar mucho para abrir.

MARIA. (lo mismo.) De veras? pues si tarda mas le hago moler á palos.

MAR. Molerme á palos?

MARIA. Y si aun no estabas contento, mandarte ahorcar.

NOIR. (haciéndola seña de que se reprima.) Señora...

MARIA. Es tuya esta casa, buen hombre?

MAR. Mia y muy mia, buena señora. (Noirmont acecha junto á la puerta.)

MARIA. Tienes tambien cuartos donde pasar la noche?

MAR. Si señora; cuartos muy cómodos, donde se podrá hospedar...

MARIA. Pues bien, condúcenos á ellos.

MAR. Es el caso que no puedo alquilar ninguno sin el permiso de Mr. de Chavigny.

MARIA. (desconcertada.) De Mr. de Chavigny?

MAR. Que es el gobernador del castillo de Vincennes.

MARIA. Ah! Con que se necesita su permiso?

MAR. Es indispensable.

MARIA. (confusa, bajo á Noirmont.) He aqui un obstáculo que yo no habia previsto. (alto despues de haber reflexionado.) Y si se tomasen todos los aposentos de tu cuchitril?

MAR. Os repito que no puedo dar uno solo sin autorizacion.

MARIA. Pero gran tonto, sino puedes alquilar, podrás vender si te acomoda.

MAR. (sorprendido.) Cómo! Vender? Vender?

MARIA. Sin duda. Yo te compro tu casa; cuanto quieres por ella?

MAR. Por mi posada, con la muestra; la bateria de cocina, la parroquia y los muebles?

MARIA. Todo, todo!

MAR. Vamos, la señora se chancea!

MARIA. No, no; lo pagaré á buen precio, y no encontrarás nunca una ocasion semejante.

MAR. Mas seria menester ver, valuar...

MARIA. Lo cual no será largo; porque si todo esto vale cien escudos...

MAR. (con indignacion.) Cien escudos la posada del Sombrero Encarnado... donde el mismo cardinal de Mazarino me hizo el honor de alojarse!

MARIA. Eso es diferente. Añadiremos diez escudos por el honor y por la persona de S. E.

MAR. Justo cielo! Estimar en tan poco á un personaje tan alto!

MARIA. Vamos, no me gusta regatear; te daremos doscientos escudos, y no se hable mas del negocio.

MAR. Tanto me direis, que...

MARIA. (á Noirmont.) Paga á ese picaro al momento. (Noirmont se sienta y saca un bolsillo lleno de oro.)

MAR. (ap.) No sé lo que me pasa! Estoy soñando! Soy sonámbulo!

NOIR. (presentando una pluma y un papel á Marteau.) Toma, firma y vete.

MARIA. Esperad, buen hombre: no tendriais por ahí una sobrina, una prima, una parienta cualquiera?

MAR. Tengo mi mujer, mi casta esposa, que reside en Noyon, y á la cual yo adoro... todo lo mas lejos que puedo... hace diez y ocho años.

MARIA. Tu mujer? No me sirve. No tienes cosa mejor?

MAR. Solo conozco á una sobrina por parte de mi abuela.

MARIA. Pues es lo que necesitamos.

MAR. Solo conozco á una sobrina por parte de mi abuela.

MARIA. Pues es lo que necesitamos.

MAR. Mas hay una pequeña dificultad; y es que se murió hace cinco meses.

MARIA. No importa; nosotros la resucitaremos. Como se llamaba?

MAR. Maria Michon.

MARIA. Justamente yo tambien me llamo Maria. Vaya por Maria Michon! (señalando al papel.)

Escribamos aqui: «Vendo y cedo á Maria Michon, mi sobrina, la susodicha posada.»

MAR. (después de firmar.) Pues señor, asunto concluido! Asi, señora, Maria podrá tomar posesion dentro de ocho dias.

MARIA. Dentro de ocho dias? No por cierto; ahora mismo!

MAR. Ahora mismo?

MARIA. Conque hazme el gusto de largarte. Afuera hay un coche junto al camino de San Mauro; los criados tienen instrucciones, porque segura de tu consentimiento, lo habia hecho preparar todo, de suerte que te conducirán sin parar hasta Noyon.

MAR. Virgen Santa! A Noyon? Si alli es donde está mi mujer?

MARIA. Motivo mas para reuniros después de tan larga separacion.

MAR. Reunirme á mi mujer? Nunca, nunca!

MARIA. Vé á tomar tu ropa; te concedo diez minutos....

MAR. Diez minutos?

MARIA. Obedece; bastante caro te he pagado para eso. Ahora estoy en mi casa.

MAR. Es verdad!

MARIA. A qué lado se hallan los cuartos de mi posada?

MAR. (señalando á la izquierda.) Ahi... en ese corredor.

MARIA. Déjame.

MAR. (ap.) Esta mujer tiene el diablo en el cuerpo!

MARIA. Anda, anda! (Marteau saluda y se vá.)

ESCENA VIII.

MARIA, NOIRMONT.

MARIA. No hay que perder un instante. El aviso que he recibido es seguro. Deben hacer entrar al Duque en esta posada, donde permanecerá algunos minutos antes de ser conducido á la fortaleza. (señalando á una mesa á la izquierda.) En primer lugar, ya sabes, en el cajon de esa mesa....

NOIR. (abriendo el cajon.) Si señora, (vuelve á cerrarlo, después de poner dentro una pistola.)

MARIA. Bien. Nuestra gente está oculta cerca de aqui, á la entrada del bosque, y espera la señal convenida...

ESCENA IX.

Dichos, MARTEAU.

MAR. (volviendo á salir con un paquetito.) He reunido todos mis trapos, y ya veis, señora, que no he tardado mucho. Pero si quisiérais dejarme hasta mañana...

MARIA. Es imposible! (llaman á la puerta del fondo.) Qué es eso?

LARAMEE. (dentro.) Abrid, abrid!

MAR. Es el sargento Laramée... y le habia olvidado á sè mia. Viene á cenar aqui con sus amigos.

NOIR. (á Maria:) Qué hacemos?

MARIA. (á Marteau.) Abrele.

MAR. Y qué le digo?

MARIA. (rápidamente.) Que acaba de llegar de su país tu sobrina con noticias muy tristes... Que tu mujer está mala...

MAR. Y á eso llamais una noticia triste?

MARIA. Que te ves precisado á ausentarte inmediatamente, que me cedes tu casa... Asi me presentarás como la nueva propietaria.

LAR. (dentro.) Te has acostado ya, viejo Sátrapa?

MAR. Engañar á un sargento de guardias, y á todo un escuadron!

MARIA. Es indispensable.... porque yo lo mando. (vase rápidamente seguida de Noirmont.)

ESCENA X.

MARTEAU, LARAMEE, soldados.

MAR. Lo repito; esta mujer está poseida de los diablos! (yendo á abrir.) Ya van, ya van! (abre.)

LAR. (saliendo.) Bribon! por qué nos has hecho aguardar tanto tiempo?

SOL. Responde, canalla!

LAR. Y no has puesto todavia la mesa? No sé cómo no te mato!

MAR. (echándose á llorar y enjugando sus ojos con el delantal.) Ay sargento! Soy muy desgraciado! Este es un golpe cruel!

LAR. Qué tienes, mandria?

MAR. Cuando le coje á uno descuidado sobre todo... porque no quita el ser cocinero para ser sensible....

LAR. Pues qué desgracia te ha sucedido?

MAR. No es precisamente una desgracia... pero mi pobrecita mujer se está muriendo!

TODOS. Tu mujer?

LAR. De veras posees una esposa?

MAR. A la cual adoro hace diez y ocho años... A veintitres leguas de distancia. Pobrecita! Aca-so se hallará espirando á estas horas! Oh! Oh!

LAR. Pues déjala que haya hecho su santa voluntad, y traenos nuestro guisado de liebre. Oye, no te ocurra derramar algunas lágrimas en la salsa, y la pongas demasiado clara.

MAR. Ay! No puedo hacer sino marcharme!

TODOS. Marcharte?

MAR. Y con tal de que llegue á tiempo, segun dice mi sobrina...

LAR. Y nuestra liebre entonces?

MAR. Mi sobrina hará lo posible por contentaros...

LAR. Qué sobrina?

MAR. Mi sobrina Maria Michon, que acaba de llegar de allá, trayéndome tan infausta nueva; mi sobrina á quien cedo desde hoy mi Sombrero Encarnado y mi gorro blanco.

LAR. (colérico.) Vete al demonio con tu mujer y tu sobrina! No tenemos más que una hora disponible, y adios nuestra broma, adios nuestra cena!

ESCENA XI.

Dichos, MARIA en traje de posadera.

MARIA. Al contrario, sargento de mi corazon; os prometo que tendreis mejor vino, y mejores manjares que nunca; y en cuanto al pago, yo fio á todos los militares.

LAR. Quién es esta guapa chica, tío Marteau?

MAR. Ju, ju, ju!... Mi sobrina... Maria Michon!

MARIA. Vamos, señores, qué se ofrece? Quereis Burdeos, Champagne de ciento y siete años? Sino lo hay, yo lo fabricaré en seguidita para vosotros. Conque, ¿qué me mandais? qué me mandais?

ESCENA XII.

Dichos, NOIRMONT de cocinero.

NOIR. Ya vá estando la liebre, camaradas; y prometo que os habeis de chupar los dedos de gusto!

LAR. Otra cara nueva?

MARIA. (á Laramée.) Buen mozo, permitidme que os presente á maese Jacobo, mi cocinero en jefe, que espero os dará gusto.

LAR. Un cocinero? Sea muy bien venido! (mirando á Noirmont.) Y tiene buena traza... cierto perfume de buena sociedad!... además del de las especias...

MARIA. Capaz es él de haceros comer á vuestro comandante estofado!

LAR. Cáspita! Y sin embargo, debe ser difícil de cocer el comandante!

MARIA. (bajo á Marteau.) El carruaje está á la entrada del bosque, en el camino de San Mauro, y ya es hora de que te marches.

MAR. (bajo.) Es cierto. (alto.) Ah! parroquianos míos, no me falta sino despedirme de vosotros. (volviendo á llorar.) Se me parte el corazón al abandonar á tan buenos clientes!

LAR. No lo sientas, querido; no te echaremos mucho de menos. (mirando á Maria.) Lo que nos llega nos hará olvidar pronto lo que se vá!

MAR. Esas pruebas de estimacion me enternecen mucho! Ju, ju, ju! (vase llorando seguido de Noirmont.)

ESCENA XIII.

MARIA, LARAMEE, soldados, y despues NOIRMONT.

LAR. Vive Dios que este cambio de patron nos pone á todos mas alegres que unas castañuelas. No es verdad, chicos?

SOL. Si, si!

LAR. Y dariamos con sumo gusto tres tios como el tío Marteau, por una sobrina como esta.

MARIA. (alegremente.) Ya lo creo, querido sargento; porque mas vale un palmito de veintidos años, que una cara de cincuenta con barba gris.

LAR. (á un compañero.) Te lo aseguro, Topinó, ya me ha dado flechazo esta muchacha. Si, hermosa Maria Michon, no os oculto que con una mirada sola me habeis llenado de contusiones el alma!

MARIA. (riéndose.) Tan pronto, sargento? Sois terriblemente inflamable!

LAR. Si, si, reina mia. En la guerra de Flandes me pusieron las mujeres el tortolito sensible.

MARIA. De veras? Y sabiais cómo me llamaban á mi en Noyon? Maria Michon la caritativa.

LAR. Bravisimo!... De ese modo tendreis compasion de mi.

MARIA. (á Noirmont que vuelve á salir.) Vamos, Jacobo, sirvé á esos señores un vasito de lo de ciento y siete años, antes de que cenén, para que les abra el apetito. (Noirmont trae una botella, y dá de beber á los soldados en la mesa de la izquierda.)

LAR. Dejad eso, perla. Unas manitas como las vuestras no deben tocar nunca los platos.

MARIA. (ayudada por Planchet sigue poniendo la mesa.) Y por qué no, sargento? Cada cual tiene que hacer su obligacion.

LAR. (tiernamente.) Y la vuestra, oh Maria Michon, sobre el globo terrestre, es agradar á todo el mundo.

MARIA. (riéndose.) Vaya si es galante el tortolito sensible!

LAR. Galante en grado superlativo... galante como el preso á quien aguardamos... el señor Duque de Beaufort, que pasa por la flor y la nata de la galanteria.

MARIA. (poniendo siempre la mesa.) No me hableis de ese hombre! Es un seductor, un libertino que no se contenta con las señoronas de la corte, sino que gusta de las tenderillas... hasta de las ramilleteras del mercado. El picaron las fascina, las hechiza. Además, es el padrino de todos los niños que nacen; y dá confites á los papás, con lo cual le idolatran los pobres maridos parisienses.

LAR. Eh! eh! eh! Ciertamente que es un terrible seductor; pero si él engaña á muchas mujeres, no falta alguna que ha vengado bien á las otras.

MARIA. Quién?

LAR. Pardiez! La perla de las Duquesas... la Duquesa de Montbazón!

MARIA. Ah! Pues qué ha hecho?

LAR. Lo que ha hecho, voto al chapiro? Buenas cosas! Celosa como un tigre del pobre Duque, que enviaba miradas amorosas á la Duquesa de Chevreuse, le atrajo á su castillo por medio de una cita...

MARIA. Y qué mas?

LAR. Y allí fué cojido como una trucha por los guardias de S. E.

MARIA. (vivamente.) No es verdad! Sospechar que la Duquesa haya contribuido...

LAR. Toma! Las mujeres por celos son capaces de...

MARIA. No, no; y es una infamia, una villania acusar á la Duquesa de tan odiosa traicion.

LAR. Cáspita, qué á pechos lo tomáis, sublime Maria!

MARIA. Es que... no puedo oír friamente calumniar así á una persona de mi sexo... y las mujeres debemos defendernos unas á otras. Luego, porque es Duquesa sin duda, hablan mal de ella... de ella que es tan noble, tan generosa...

LAR. (observándola.) Vaya si la defendeis con fuego! Cualquiera diria que os toca muy de cerca!

MARIA. Si, teneis razon, acaso soy demasiado vehemente en mis palabras. Pero aquí está la cena. Vamos, á la mesa, señores, á la mesa!

TODOS. A la mesa! (se oye dentro ruido de soldados que descansan las armas en tierra.)

CHA. (dentro.) Quedaos ahí, y aguardad mis órdenes.

LAR. El Gobernador! (todos se dirijen hácia la puerta.) Será que llega el preso?

MARIA. (ap.) Chavigni! Es menester que no me vea! (vase ligeramente por la izquierda.)

ESCENA XIV.

LARAMEE, CHAVIGNI, soldados en la puerta de entrada y por fuera de la ventana.

CHA. (con papeles en la mano.) Alerta, muchachos!

Por ahora no se puede cenar! (á *Laramee*.) Sargento, poneos á la puerta, y colocad centinelas en todas las salidas. Van á hacerme la entrega del preso, y desde ahora respondo yo de él.

LAR. Basta, mi comandante. Seguidme vosotros. (Van á marchar, pero se detienen á cada lado de la puerta haciendo el saludo militar al Duque, que sale con aire libre y desenvuelto: despues se vá *Laramee* seguido de los soldados.)

ESCENA XV.

BEAUFORT, CHAVIGNI.

BEAU. (riendo.) A dónde diablos me traen? Pues que, ¿estan tan llenos el Chatelet y la Bastilla, que no hay ya sitio para los hombres de bien? ¿Con que es preciso convertir en cárceles hasta las tabernas?

CHA. (respetuosamente.) Señor Duque, he recibido órdenes é instrucciones que debo obedecer ciegamente.

BEAU. Hola! Sois vos, Chavigni? Luego sois gobernador de Vincennes?

CHA. Para serviros, monseñor.

BEAU. Es cierto! Se me olvidaba que cuando solicitásteis un destino en la corte, os hicieron carcelero.

CHA. Escuso vuestro mal humor, príncipe.

BEAU. Aquí para entre los dos, querido Conde; algo mejor debian haber recompensado vuestra fidelidad, y á un protejido de la Duquesa de Montbazón.

CHA. (sorprendido.) Muy lejos está la Duquesa de quererme tan bien como suponeis; y actualmente en desgracia ella misma, no se halla en posicion de desempeñar el papel de protectora.

BEAU. Pues sin duda para recobrar el favor perdido fué por lo que me entregó tan cobardemente. (ap.) Pérfida! y yo que la amaba tanto! (alto.) No hablemos mas del asunto, Chavigni; soy vuestro preso, y podeis cumplir las órdenes que tengais.

CHA. No sereis mi preso, monseñor, hasta que esteis en la ciudadela, confiado á mi cuidado; y espero que dispensareis mis penosos deberes...

BEAU. Explicaos.

CHA. (acercándose á la ventana.) Mire V. A. ese torreón.... No os parece muy sombrío, muy lúgubre?

BEAU. (acercándose.) Si; ese edificio negruzco tiene un aspecto siniestro. Pero, bah! No es mas feo que la Bastilla!

CHA. Distinguis desde aquí una ventanilla, ó mas bien una claraboya, alumbrada solamente por una débil luz?...

BEAU. Arriba? Perfectamente!

CHA. Pues es la alcoba que os destina S. E.

BEAU. Demonio colorado! Conque ese es el alojamiento de los príncipes de la sangre hoy día?

CHA. Y añada V. A., que el nuevo ayuda de cámara que le han elejido, y que acaba de llegar de Paris, no es nada á propósito para disminuir la tristeza de su habitacion.

BEAU. Y responded, señor Gobernador, teneis orden de contristarme de antemano con la pintura de los placeres que me aguardan? En cuanto á eso no teneis mas que decir esclavitud, y está explicado todo; porque no hay dicha ni alegría sin la libertad.

CHA. Pues bien, monseñor, con una palabra podeis conseguirla.

BEAU. Yo?

CHA. Y ademas se os devolverán vuestros titulos, vuestros honores, con un millon anual de dotacion.

BEAU. Un millon? Hola ¿conqué aun me aprecian tan caro? Por la mitad menos compraria yo al Ministro. Verdad es que los Ministros son género de acreditado, y que se compra con poco dinero. (cambiando de tono.) En fin, cuáles son las condiciones que se exigen para mi libertad?

CHA. (dándole un papel.) Leedlas.

BEAU. (tomándole.) Si, misa, muerte, ó Bastilla, segun decia Carlos IX á Enrique IV, mi abuelo. Y yo haré lo que el Bearnés, señores; preferiré la esclavitud á una cobardia! (recorre el papel.) Retirarme á mi castillo de Beaufort, y no volver á la corte hasta que me llamen á ella... (riendo amargamente.) He ahí lo que apellidan clemencia la Regente y el Cardenal! (leyendo.) Dar antes mi palabra de caballero de no fomentar ninguna rebelion, de renunciar desde hoy á la causa del pueblo... (irónicamente.) Cada vez mejor! (leyendo.) «Antes de salir de Paris, el señor Duque se presentará en público en una ceremonia cualquiera, entre la Reina y S. E., para manifestar su buena armonia con la corte, y para quitar toda esperanza á la milicia y á la plebe...» (furioso y devolviendo el papel á Chavigni.) Yo no me deshonro ni me mancillo nunca!

CHA. Me han ordenado que os deje algunos minutos para reflexionar. Asi, vuelva V. A. á tomar este escrito, el cual aun no ha concluido de leer.

BEAU. (friamente.) Es inutil.

CHA. (despues de dejar el papel sobre la mesa.) Voy á dar orden de que se reúna la escolta. (vase.)

ESCENA XVI.

MARIA, BEAUFORT.

BEAU. (sentándose.) Menester es que ese miserable italiano me juzgue igual á él, para creerme capaz de tal vileza! (Maria que ha entreabierto la puerta de la izquierda, alarga el brazo y pone sobre la mesa otro papel abierto sobre el que está allí.)

MARIA. (ap.) Si, si; yo te salvaré! (desaparece.)

BEAU. (que no ha visto el movimiento de Maria.) Firmar esto! Me avergonzaria de mi mismo! No quiero que Chavigni suponga que he vacilado. (coje el papel para desgarrarlo y vé el otro.) Qué es esto? (lee.) «Confiad en un corazon amante; estais rodeado de amigos... Abrid el cajon de la mesa que teneis delante, y hallareis una pistola; disparadla por la ventana, y esa será la señal de vuestra libertad.» (abre el cajon y saca la pistola.) Qué he de creer? Qué he de esperar? Pero esta letra es la de la Duquesa de Montbazón... Si, si; no me engaño... Previendo que despreciaria sus condiciones, me preparan alguna nueva traicion. Si me sirvo de esta arma que me envian, me harán pasar por un criminal... Entonces mi prision misma parecerá legal y justa!... No, no! (vuelve á tirar la pistola en el cajon, que cierra de nuevo.) Me rodean ami-

gos!! (levantando la voz.) Pues que sepan esos amigos que yo los tengo por traidores!

MARIA. (que ha entreabierto la puerta.) Desgraciada de mí! Si yo pudiese...

CHA. (dentro.) Seguidme, señores! (se abre la puerta del fondo.)

MARIA. (desapareciendo.) Ya es tarde!

ESCENA XVII.

BEAUFORT, CHAVIGNI, GRIMAUD, LARAMEE y soldados fuera.

CHA. Monseñor, habeis reflexionado?

BEAU. Una sola cosa me admira, Conde de Chavigni, y es que vos que llevais espada, os háyais prestado á un ardid infame.

CHA. Yo, príncipe?

BEAU. Basta!

CHA. (señalando á Grimaud.) Este es el hombre de quien os he hablado, y que no se separará de vos jamás.

BEAU. Divinamente! Me habiais anunciado un ayuda de cámara, y me dais un espía! No importa, todo lo soportaré. No quiero deber nada á la traicion, venga de donde viniere. Los parisienses me llaman el rey de los Mercados, y yo quiero probarles que soy un verdadero hijo de la Francia, defendiendo su causa aun á costa de mi fortuna y de mi libertad! (agarra el papel y le arroja al suelo.) Marchemos, señores!

LAR. (ap. mientras se ván.) Pobre duque! Ahora ni el diablo mismo le podría sacar de nuestra fortaleza! (vase.)

MAR. (que lo ha observado todo desde un rincon.) El diablo no; pero una muger sí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion bastante bien amueblada en el castillo de Vincennes. Puerta de entrada á la izquierda; á la derecha otra puerta oculta por una cortina que conduce á la alcoba. En el fondo una ventana alta con barrotes de hierro. Una gran chimenea á la derecha; en frente un armario. Una mesita en primer término.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE BEAUFORT.

(Al levantarse el telon se oye una marcha dentro, y el paso acompasado de los guardias.)

BEAU. Otra patrulla! Me parece que hoy redoblan las precauciones! Si, si; guardadme bien, amigos míos! Por lo visto soy un objeto sumamente precioso! Lo malo es que no tengo esperanzas de salir de aqui, como no sea por muerte de Mazarino... El cardenal es de mi edad, y las anguilas y los ministros tienen una vida muy larga. (pausa.) Qué será de aquellas mugeres que me querian, que me adulaban tanto en los tiempos de mi prosperidad? Todas me habran olvidado sin duda! Y habia una, sin embargo, á quien yo amaba, á quien yo adoraba... la hermosa duquesa de Montbazon! Pero tanta perfidia!... Y cuando lo pienso bien, me parece imposible que haya sido capaz de semejante traicion! ¿Seria verdadero y leal aquel

proyecto de fuga, aquel billete misterioso, escrito por ella, y que yo desprecié en la posada, antes de entrar en esta prision? (nueva pausa.) Bah! ocupémonos en otra cosa... en mi traje, en la coqueteria, que tambien los hombres la tenemos. Hola! (llama y se oye descorrer los cerrojos.)

ESCENA II.

BEAUFORT, LARAMEE.

LAR. Ha llamado S. A.?

BEAU. Si, voy á vestirme... al momento.

LAR. De veras? Pues no queria ayer Monseñor dejarse crecer la barba y los cabellos, y cubrirse con un tosco sayal?

BEAU. Hoy he cambiado de dictámen. El que uno habite un castillo no es razon para que inspire miedo. Y no tener ni un ayuda de cámara!

LAR. Si tal; Monseñor tiene uno escelente, que no ha querido probar aun.

ESCENA III.

Dichos, GRIMAUD.

BEAU. Cuál? Ese canalla? Ese Grimaud, cuyo nombre, language y rostro me son tan antipáticos?

GRI. (saliendo.) Vedme.

BEAU. No quiero verle: que se vaya con mil demonios.

GRI. (volviéndose) Voy.

LAR. No, quédate, haces falta.

BEAU. No, no me acostumbraré nunca á él. Es tan feo!

LAR. Os aseguro, Monseñor, que es un pobre hombre, que obedece mi consigna. Tiene orden de no dejaros ningun instrumento cortante, punzante, limante ni contundente...

BEAU. (impacientado.) Eh!.. Yo no tengo nada de eso.

GRI. (en tono de duda.) Oh! nada...

LAR. Seguramente que V. A. no se quejará de que le importune con sus bachillerias...

BEAU. No seguramente; y mejor quisiera que fuese mudo del todo, que hablase así, á medias palabras. A cada momento me dan impulsos de ahogarle!

LAR. Cáspita! No se fie, Monseñor; pues aunque no lo aparenta, es forzudo como un gigante.

GRI. (adelantando el brazo.) Nervioso!

BEAU. (arrojándose en un sillón á la izquierda.) Vamos, peiname, animal. (Grimaud abre un rico estuche que está sobre la mesa, y prepara lo necesario; pone luego un peinador al duque, y comienza su obra.) Es atroz darme un imbécil como este para ayuda de cámara!

LAR. Pues me parece que no se dá muy mal arte...

BEAU. Es cierto. Con que has aprendido á peinar?

GRI. Un poco.

BEAU. (levantándose y arrojando el peinador.) Ya basta. (al volver á guardarlo todo, Grimaud prueba las puntas del peine en sus dedos, y guarda aquel en su bolsillo.)

LAR. (notándolo.) Qué haces, bobo? Te guardas en el bolsillo el peine de Monseñor?

GRI. Punzante! (*prueba una lima en sus uñas y la guarda también.*)

LAR. Es cierto.

BEAU. Como! y me coje también mi lima para las uñas!

GRI. Limante!

LAR. En rigor, se halla en su derecho.

BEAU. Esto es demasiado!

GRI. (*confiscando un par de tijeras.*) Cortante!

BEAU. Mis tejerías! Acabaré por matarle!

LAR. Es un perillan que piensa en todo. (*Grimaud guarda en su bolsillo las tenacillas de rizar el pelo.*)

GRI. Contundente!

BEAU. (*dándole un puntapié.*) Toma, salvage, toma contundente.

GRI. (*gravemente.*) Gracias!

LAR. Vale mas que pesa este chico! No se aparta un ápice de su consigna!

BEAU. Confiesa, querido Laramée, que sobra para acabar con la paciencia de un santo... para hacerle salir á uno de sus casillas... es decir, de su nicho. Porque al fin tu entiendes bien el oficio de carcelero, y nunca has pensado en privarme de esos objetos.

LAR. Acaso hacia mal en dejároslos.

GRI. (*sacando del bolsillo de la bata del duque que tiene en la mano un bolsillo lleno de oro.*) Dinero! (*se lo guarda.*)

BEAU. Que, pícaro, me cojes también mi bolsillo?

LAR. Es cierto; devuélveselo á Monseñor.

GRI. No!

BEAU. Como no? Y por qué?

GRI. Corromper!

LAR. Corromper, á quién?

GRI. A vos.

LAR. A mi, tunante?

GRI. O á mi.

LAR. A fe mia que tiene razon; (*riéndose.*) y bien podriais seducirnos á él ó á mi. Por otra parte, no necesitais dinero, estando yo encargado de proveer á todas vuestras necesidades.

BEAU. Creo que lo mejor es reirme de esto; y ya que se me reduce á una estremidad, quiero desquitarme, hacer gastos escandalosos, costarle cien mil escudos á ese jesuita de Mazarino. Para empezar, hoy es Noche Buena, y para celebrarla, quiero diez y ocho platos escocidos en mi cena.

LAR. Daré la orden.

BEAU. En cuanto á las monedas que me has confiscado, exijo que esa suma sea distribuida á las familias mas pobres de las cercanias.

GRI. Muy bien.

ESCENA IV.

Dichos, CHAVIGNY.

LAR. El comandante!

CHA. Señor duque, V. A. me dispensará si he negado mi consentimiento para que os trajesen el clave que habeis pedido.

BEAU. Ya sé que no gustais de música, señor gobernador. (*ap.*) Y sin embargo, no es por falta de orejas. (*le saluda irónicamente.*)

CHA. En cambio, Monseñor puede ver que soy mas aficionado á la pintura; pues se han pintado de nuevo las paredes de este gabinete que habiais cubierto de preciosos dibujos y letreros.

BEAU. Mil gracias, querido gobernador, por proporcionarme asi espacio donde poder ejercitar de nuevo mi aficion á los epigramas y caricaturas, género en el cual soy una especialidad.

LAR. (*riendo.*) Ya lo creo! Ah! ah! ah!

GRI. (*riendo gravemente.*) Hi! hi! hi!

CHA. Como es eso, señores, con que os permitis reiros... y en mi presencia?

BEAU. Cualquiera diria que se rien de vos... (*ap.*) Y por cierto que no les falta motivo.

CHA. Sois muy injusto conmigo, príncipe. Os quejasteis de que la torre que ocupabais era húmeda y poco sana; y contra los reglamentos, se os ha dado hace ocho dias una habitacion en el castillo, bien ventilada, con buenas vistas, y desde donde podeis oir cantar los ruiñones...

BEAU. Hola, ¿sois aficionado á lo pastoril? Qué lindo zagalejo hariais!

CHA. Además, el señor cardenal solo piensa en embellecer vuestro retiro.

BEAU. De veras?

CHA. Esta misma mañana me ha dado orden de hacer plantar cerezos en el jardin particular del castillo; dentro de dos años los ingertaremos; y al cabo de otros cuatro ó cinco tendreis una sombra y unas cerezas magnificas!

BEAU. No aguardaré hasta entonces, vive Dios.

CHA. ¿Acaso dariais fé á la prediccion del astrólogo Coysel, que ha anunciado que os escapariais de aqui hácia Noche Buena?

BEAU. Si, me escaparé... aunque tenga que convertirme en pájaro.

GRI. No lo creo!

BEAU. Quizás ya me están saliendo las alas. (*Laramée y Grimaud le miran por detrás.*)

LAR. (*riéndose.*) Pues sin embargo, no se ven todavía.

GRI. (*gravemente.*) Disparates!

CHA. Señor duque, algunas damas conozco yo que se alegrarian de veros transformado en pájaro, aunque en general ya os creen bastante ligero.

BEAU. ¿Aludis á la duquesa de Montbazon, señor conde? En tal caso seria una injusticia de su parte; porque esa señora no tiene ya derecho para acusarme de ligereza.

CHA. Desengáñese V. A.; ella le ama siempre. La última vez que la vi antes de que se fuese á su castillo, me retiró la mano cuando se la quise besar, diciéndome que no me lo permitiria hasta el dia en que os hallaseis libre.

BEAU. (*alegremente.*) Y no teneis gana de alcanzar semejante dicha?

CHA. Vamos, príncipe, dejemos el tono epigramático. Haced las paces con la corte; romped con el populacho, y salid de aqui: yo os ofrezco mi mediacion; precisamente hoy me ha enviado á llamar S. E. el cardenal, á quien atormenta un poco la prediccion de Coysel respecto á vos... No quereis que le lleve algun recado de vuestra parte?

BEAU. (*reflexionando.*) Algun recado? Si, si... Esta vez me decido!

CHA. (*con alegría.*) Gracias á Dios que os dais á la razon!

BEAU. Le direis á mi querido cardenal... Aguardad... Dejadme reflexionar un instante, y hacer un experimento cabalístico y mágico, que

os dará una idea bastante positiva de mis intenciones.

CHA. En buen hora.

BEAU. (sentándose.) Sentaos, señor gobernador.

CHA. Ya que lo permitis... (se sientan á la mesa, sobre la cual hay una bugia apagada.)

BEAU. Ya sabeis que en politica se sirve uno á las veces de un language mudo, á manera de enigmas, como Tarquino cuando cortaba cabezas de adormidera en su jardin. Sargento Laramee, dadme un pedacito de leña de la chimenea... y no es esto decir que el señor Mazarino no sea digno de una hoguera entera... mas por ahora nos basta un trocito del tamaño de un dedo. (Laramee le entrega un pedacito de leña; el duque lo fija en el extremo de la bugia en forma de horca.)

CHA. A donde irá á parar?... (ap.)

BEAU. Mirad en esa bandeja... ahí deben haber quedado algunos cangrejos de mi comida; tomad el mas gordo, el mas hermoso. (Laramee trae el cangrejo.) Bien.... (Beaufort ata un cordelito á la cabeza del cangrejo.) Conde, quereis tener la bondad de ayudarme?

CHA. Con sumo gusto. Qué he de hacer? (ap.) Caprichos de preso... niñadas!

BEAU. Cojed este animalito muy delicadamente, con la punta de los dedos, y suspendedlo aqui, en el extremo de ese palito.

CHA. (ejecutándolo.) Está bien así?

BEAU. Perfectamente!

CHA. Pues señor, no comprendo que tenga que ver este cangrejo con...

GRI. (acercándose.) Si.

CHA. Comprendes tu los enigmas?

GRI. Si.

CHA. Explicamelo entonces...

GRI. Traje.

CHA. Como traje?

GRI. Rojo.

CHA. Y qué significa?... (ap.)

GRI. Ahorcado.

CHA. Ahorcado, qué, quién?

GRI. Cardenal!

CHA. (levantándose.) Gran Dios! Horrible alusion! Y yo he sido el qué...?

BEAU. (levantándose y riendo.) El mismito que le ha ahorcado, el verdugo, señor gobernador... lo cual es ya buen agüero para el dia en que se verifique la realidad.

CHA. Basta, señor duque; voy á dar cuenta ahora mismo á S. E. de vuestras escolentes intenciones hácia él. (vase furioso.)

ESCENA V.

Dichos, menos CHAVIGNY.

BEAU. (riéndose.) Ah! ah! ah! Lance mas gracioso! Me alegro infinito de que se lo refiera á ese picaro de Mazarino. Pronto se sabrá en todo París, y acaso servirá para componer un villancico.

LAR. Y yo que traje la leña! Tal vez me cueste mi destino!

BEAU. (riendo siempre.) Entierra á los muertos, querido Laramee. (Laramee destruye la horca, y va á arrojar el cangrejo por la ventana.)

GRI. (deteniéndole.) No.

LAR. Por qué? Qué quieres?

GRI. Cangrejo.

LAR. Cangrejo?

GRI. (tomándolo.) Bueno!

LAR. Eh?

GRI. Se come. (guardándose en el bolsillo.)

BEAU. Hola! Ah! ah! ah! El picaro quiere comerse al cardenal! Pero mira, llévate á ese monosilabo viviente; su vista me crispa los nervios. (á Grimaud.) Vete. (Grimaud saluda con respeto y se va.)

ESCENA VI.

LARAMEE, BEAUFORT.

BEAU. Que mal vestido estoy! Si parezco un hortera!

LAR. Porque os faltan vuestros encajes de Alenzon.

BEAU. Suprimirme hasta mi lavandera de París!

LAR. Y muy bien hecho que estuvo. La intrigan-te se atrevió á poner un billete en las mangas de una camisa.

BEAU. El tunante de Grimaud fue tambien quien lo descubrió.

LAR. (ap.) Y desde entonces tengo mayor confianza en él. (alto.) Pero tranquilizaos, Monseñor; os he buscado otra lavandera.

BEAU. Aquí? En este pais de lobos? Yo creia que no producía mas que alabardas y culebrinas.

LAR. Pues produce tambien muchachas preciosas.

BEAU. Ah! Comprendo! Tu novia, de la cual me has hablado tanto; esa Maria Michon que tiene hace un mes la posada del Sombrero Encarnado.

LAR. Y que vende tan buenos pasteles!

BEAU. Goloso!

LAR. Tiene una habilidad, unas manos... Aunque no sea su oficio, ha accedido á encargarse de vuestra ropa blanca por consideracion hácia mi. Hoy debe traéroslo.

BEAU. Cómo? Aquí? No, no! No quiero verla!

LAR. Es particular! Tampoco ella queria veros á vos!... Porque os detesta á causa de vuestra reputacion de seductor, de libertino...

BEA. (picado.) Hola! Conque me detesta?

LAR. Muy cordialmente, sin conoceros. Yo la habia hablado bien de V. A., prometiéndole vuestra parroquia, y la decidí á que viniese á eso de las cuatro de la tarde. Mas una vez que monseñor se niega á recibirla, haré que entregue los encajes á Grimaud, y él será quien....

BEU. No, no: que venga, lo prefiero. Acaso cambiará mi mal humor el ver una muchacha. Y luego estoy tan poco acostumbrado á hallar mujeres que me aborrezcan! Dices que es bonita, eh?

LAR. Preciosa, monseñor.

BEAU. Serias el primer sargento de guardias que no hubiese encontrado una divinidad en una taberna! (riendo.)

ESCENA VII.

Dichos, GRIMAUD.

LAR. Qué hay?

BEAU. Otra vez esa cara de murciélago? Qué quieres, cuervo?

GRI. Mujer.

BEAU. Como! Quieres una mujer tu tambien? Ah! ah! ah! Este animal tiene las mismas necesidades de las personas!

GRI. No, ahí!

LAR. Justamente debe ser ella. Acaban de dar las cuatro. Hazla entrar.

GRI. Prohibido.

LAR. La prohibicion no se entiende con Maria Michon, que es lavandera del señor Duque: tengo autorizacion del comandante, y yo respondo de todo.

GRI. (abriendo la puerta.) Entrad. (Maria sale muy conmovida con una caja en la mano. Grimaud se retira.)

ESCENA VIII.

MARIA, BEAUFORT, LARAMEE.

BEAU. Acercaos, hija mia, acercaos.

LAR. Está cortada, monseñor. Como nunca ha visto á un principe tan de cerca....

BEAU. Un pobre preso no debe infundir miedo á nadie.

MARIA. (tartamudeando.) Mon... monseñor...

LAR. (bajo á Maria.) No temais nada; es un excelente señor en el fondo.

BEAU. Dime ¿ha aprendido á hablar en la misma escuela que el otro?

LAR. (empujándola.) Vamos... ánimo!

MARIA. (acercándose con los ojos bajos.) Perdonad, monseñor... es que... al hallarme junto á vos... tiemblo á pesar mio... (levanta la vista haciéndole una seña de contenerse.)

BEAU. Ah! (dando un grito.)

MARIA. (bajo.) Prudencia!

LAR. Qué es eso? Qué teneis? Apuesto que la sorpresa... ¿No esperabais que fuese tan linda, eh?

BEAU. (disimulando.) Hum! hum! No es fea!

LAR. Ya lo creo!

BEAU. Bonitos ojos, para ser ojos de taberna!

MARIA. Mil gracias! (inclinándose.)

BEAU. Pero los tenemos tan buenos en la corte.

LAR. Si, lo parecen por el lujo que les rodea; pero ponedle á esta chica un traje de seda y ricas joyas, y nadie dirá sino que es una reina.

BEAU. (con intencion.) No, no; está muy bien asi. Aunque tuviese todos los diamantes del mundo, eso no la embelleceria mas á mis ojos.

LAR. Sin embargo...

MARIA. Tiene razon; porque este modesto vestido me acerca al hombre que yo prefiero; cuando la corona de una Duquesa me separaria de él.

LAR. Cuánta delicadeza! Comprende monseñor la alusion? Quiere decir que me ama, y que si fuese gran señora no podria aspirar á mi mano.

BEAU. Pardiez! Asi lo comprendo tambien yo! Veamos ahora vuestra obra, Maria. (Laramee abre la caja, mientras los otros dos se hacen algunas señas.) Os advierto que soy muy descontentadizo.

MARIA. Principe, no pretendo rivalizar con las planchadoras de Paris; pero hago lo que puedo. (abre la caja, y se la presenta al Duque, haciéndole nuevas señas de inteligencia.)

BEAU. Qué demonios es esto?

MARIA. (asustada.) Como! No os gusta?

BEAU. (enfadándose.) Gustarme? Es una plasta... es una indecencia! Me habeis echado á perder

mis encajes! Volveds á vuestros pasteles, querida. Pues me traeis buenos trapos! Voy á tirarlos todo por la ventana.

MARIA. Dios mio!

LAR. Es posible?

BEAU. Ponerme yo estos pingos? Jamás! (arroja la caja por la ventana.)

MARIA. (llorando á Laramee.) Y deciais que no era malo!

LAR. (yendo á la ventana.) Qué habeis hecho? ¿Tirar por la ventana encajes de tanto valor? Lo menos valian dos mil escudos!

MARIA. (llorando siempre.) Qué genio, Virgen Maria, qué genio! Hi! hi! hi!

LAR. No lloreis, Mariquita mia... Es la primera vez que le veo enfadarse; voy corriendo á buscarlos. Dentro de dos minutos estaré de vuelta. (vase.)

ESCENA IX.

MARIA, BEAUFORT.

BEA. Maria! Vos aqui?

MARIA. Si, yo, ingrato; yo á quien acusabais, á quien creiais culpable de la mas negra perfidia!

BEAU. Y os vengais con tanta generosidad de mis odiosas sospechas? Sin embargo, os lo juro, Maria; en mi prision, pensaba sin cesar en vos; y siempre apareciais á mi vista bella, noble y pura de toda deslealtad!

MARIA. Gracias, Duque, gracias! Esas dulces palabras me hacen olvidar mis padecimientos... Y he padecido tanto! Pero ahora que estoy segura de vuestra estimacion...

BEAU. De mi amor!

MARIA. Me siento capaz de desafiar á Mazarino y á sus cobardes amigos; porque ellos son los que esparcieron esas calumnias para perderme con vos!

BEAU. Espero que pronto llegará un dia en que podremos castigarlos y vengarnos. Dejadme ahora que os contemple! Despues de tan larga separacion, vos aqui, á mi lado! Hoy bendigo mi cautiverio que me proporciona conocer vuestra alma!

MARIA. Todo lo he espuesto por lograr este instante de felicidad y de esperanza!

BEAU. Duquesa mia!

MARIA. Mas bajo, mas bajo! (mirando hacia la puerta.) Maria Michon, no lo olvideis!

BEAU. Si, Maria Michon, mi idolo, mi angel consolador!

MARIA. Me he ocupado de vuestra libertad!

BEAU. Mi libertad? Ese es un bello sueño!

MARIA. Que puede realizarse... hoy mismo, en la Noche-Buena, segun lo ha predicho Coysel. Mas son indispensables habilidad y prudencia. Nuestros amigos estan alerta....

BEAU. Qué decis?

MARIA. No perdais una palabra, un gesto; procurad adivinar, porque vereis muchos enigmas.

BEAU. Explicaos!

MARIA. Noirmont está en Vincennes conmigo.

BEAU. Noirmont? Mi cocinero?

MARIA. Y se llama Jacobo en el Sombrero Encarnado. Sabedlo todo; él mismo ha dispuesto...

BEAU. El qué?

LAR. (dentro.) Aqui estan! Aqui estan!

MARIA. (apartándose del Duque.) Laramee vuelve, silencio!

BEAU. Tan pronto!

MARIA. Buscad algun pretexto para detenerme aqui. *(vuelve á llorar.)* Hi! hi! hi!

ESCENA X.

Dichos, LARAMEE.

LAR. Habrá ladrones! Ya habian atrapado todo unos aldeanos!

MARIA. *(llorando siempre.)* Señor Laramee, quiero marcharme al punto. Ah. Yo no sabia lo que era una carcel. Ahora lo sé, y espero no volver á poner los pies en otra, ni ver en ella nunca á los que me interesan!

LAR. *(con fatuidad.)* Qué buen corazon!

BEAU. Vaya, creo que he hecho mal, que me he enfadado sin causa! Tengo un génio tan vivo! Por otra parte, yo no conocia á Maria Michon, y creia que era mujer vulgar: ahora la aprecio y la hago justicia.

MARIA. *(enjugándose los ojos.)* Una vez que lo reconocéis....

LAR. Mirad, monseñor, si es generosa..... os perdona!

BEAU. Para hacer las paces con ella, le daré la mano.

MARIA. *(estrechándola con emocion.)* Oh! Gracias, monseñor!

BEAU. Quiero ademas ocuparme de su porvenir, de su fortuna... casarla!

MARIA. No pido tanto, principe.

LAR. Si, si, si... Maria Michon, pedid todo lo que queráis!

MARIA. No quiero casarme!

LAR. Si V. A., que es tan elocuente, defendiera mi causa!

BEAU. Nunca he sido muy fuerte en elocuencia. No obstante, voy á probar, voy á hablar por ti.

LAR. Hablad! hablad!

BEAU. *(tomando la mano de Maria y mirándola amorosamente.)* Hablaré en tu nombre: «Querida Maria, mi ventura depende de vos sola;

tened confianza en mi. Soy un buen muchacho, un buen militar... algo subalterno todavia...

pero con la ayuda de Dios pienso no estancarme, y salir adelante...»

MARIA. Ya lo creo! Mereceis los mas altos destinos!

LAR. Bien! Muy bien!

BEAU. Os amo, querida Maria, os adoro! Hasta ahora un respeto involuntario, me habia obligado á guardar silencio. Pero ya no puedo callarme, y os abriré mi corazon enteramente.

LAR. Cáspita! Eso es hablar al alma!

MARIA. Si, Laramee, os creo sincero!

BEAU. Pensad en la dicha de estar unidos siempre, de no separarnos nunca!

MARIA. Nunca!

BEAU. *(olvidándose de su papel.)* Angel mio! No resisto mas, y... *(se arrodilla y la besa la mano.)*

LAR. *(quiere detenerle.)* Monseñor! Monseñor!

BEAU. Si eres tú quien habla, imbécil!

MARIA. *(olvidando tambien su papel.)* Amigo mio! Qué feliz me hace este momento!

BEAU. Siempre seré tuyo, Maria! *(la besa repetidas veces la mano.)*

LAR. *(interponiéndose.)* Pero monseñor....

BEAU. Si eres tu tambien el que la besa, tonto; si es á ti á quien ella concede ese favor!

LAR. En ese caso.... *(quiere besarla.)*

BEAU. No, no! Vas á echarlo á perder! Sabe que conviene en casarse contigo.

LAR. De veras? Oh felicidad! Me caso con Maria Michon y con la posada del Sombrero Encarnado!

BEAU. Y di luego que no naciste de pie, picaron!

MARIA. Monseñor, de vos solo depende completar nuestra ventura!

LAR. Ha dicho nuestra ventura!

BEAU. No deseo otra cosa, querida mia. Hablad!

MARIA. Si nos dispensaseis el honor de asistir á nuestra boda; y sobre todo, á la comida que daremos en celebridad!

LAR. Escelente idea!

BEAU. Con mucho gusto! Yo os daré tambien un banquete regio en mi palacio de Paris.

MARIA. Desgraciadamente no estamos allá, y acaso tarde aun mucho, principe...

LAR. Si, cuando pienso en los cerezos que se deben plantar!

BEAU. *(mirando á Maria.)* Y qué quereis que yo haga?

MARIA. *(id.)* Se podrian adelantar las cosas... y habria un medio...

LAR. De veras?

BEAU. Cual?

MARIA. Casadnos... aqui...

LAR. Si, si, monseñor, casadnos aqui.

BEAU. Aqui será muy triste.

MARIA. Todos los sitios son alegres cuando los embellece el amor.

LAR. *(muy contento.)* Yo no la dicto esas palabras, ya lo veis.

MARIA. Y el banquete de boda... *(apoyando esta palabra.)* Porque no lo perdono... podria celebrarse esta noche aqui.

BEAU. Y será bueno el tal banquete?

MARIA. Quiero daros á conocer á Jacobo, mi cocinero. Estad seguro de que os sorprenderá agradablemente, si le permitis que trabaje para vos.

BEAU. Pues corriente.

MARIA. Los reverendos padres Bernardos de San Mauro son tan delicados como puede serlo V. A.; y aprecian mucho su habilidad; mirad,

ahora estoy haciendo para ellos un pastel de que no tiene igual. Lleva faisanes, perdices, codornices, becasas... *(mirando al Duque.)* Nada falta en él á fe de Maria Michon.

LAR. Es cierto, yo lo he visto; es un pastel monstruo...! Un magnifico monumento de cocina!

BEAU. Vaya! La boca se me hace ya un agua! Venga el pastel de los reverendos padres; y no me vuelvo atrás, con él celebraremos vuestra boda!

MARIA. Ay! Y los pobres frailes que contaban ya con él para hacer colacion!

BEAU. Les decis que se ha quemado en el horno, y nos lo comemos nosotros á su salud!

LAR. Bravisimo! Todo se arregla á las mil maravillas! El señor Conde de Chavigni ha ido á Paris, donde cenará, segun creo, y nos deja el campo libre.

BEAU. Haced lo que os acomode. Ah! Una condicion sin embargo: que el espantoso Grimaud no esté delante.

LAR. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

BEAU. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

LAR. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

BEAU. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

LAR. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

BEAU. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

LAR. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

BEAU. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

LAR. Es imposible, porque debe asistir á todas vuestras comidas, segun la consigna; y hasta es menester que pruebe todos los platos.

BEAU. Horrible tiranía! Su vista sola me causará una indigestion!

MARIA. Se pondrá detrás de V. A., y así no le vereis.

BEAU. En buen hora; pero si pronuncia una sílaba que me desagrade, le rompo los dientes.

MARIA. Pronto, pronto, Laramée, corramos á preparar todo! Hasta luego, monseñor.

BEAU. Adios, encantadora Maria!

LAR. Vamos. (*Laramée coje del brazo á Maria y se la lleva.*)

ESCENA XI.

BEAUFORT, solo.

Libre! Me verá libre! No, aun no puedo creerlo! Y libre por ella! Sería demasiada felicidad! Me dan ganas de reir, de llorar, de cantar, de bailar.... Es una sensación inesplicable!

ESCENA XII.

Dicho, CHAVIGNI.

CHA. (*saliendo.*) Cuán alegre está monseñor!

BEAU. (*ap.*) Chavigni! Qué contratiempo!

CHA. Veo con placer que no os fastidiáis demasiado en vuestra soledad.

BEAU. Os creía en Paris, querido gobernador.

CHA. De allí vengo en este instante.

BEAU. Y qué dicen por allá, señor Conde?

CHA. Se ocupan siempre de V. A.; y cierta profecía que no ignorais, mete mucho ruido: S. E. se ha asustado de ella mas que lo que debía, de modo que me acaba de dar orden de trasladaros nuevamente desde esta habitación á la torre donde estábais antes.

BEAU. (*ap.*) Gran Dios!

CHA. Tranquilizaos; es por esta noche únicamente. S. E. quiere oír la misa del Gallo con toda tranquilidad.

BEAU. (*ap.*) Maldicion! Todo se ha perdido!

CHA. Una noche se pasa pronto: así no llevarán á la torre sino los objetos indispensables. Grimaud ha ido ya á hacer la cama.

BEAU. (*con despecho.*) Grimaud! (*con una rabia creciente.*) ¿Sabeis, Chavigni, que tales persecuciones traspasan todos los límites; que soy hijo legítimo de la Francia, y que antes de la mayoría del Rey, podría venir el buen pueblo de Paris con cuarenta mil mosquetes, á buscarme á mí, y á colgaros á vos, con mucha pena mia, del rastrillo de la fortaleza?

CHA. Suceda lo que sucediere, monseñor, yo cumpliré con mi deber; y antes de dejarme ahorcar, gastaré hasta la última de las treinta mil balas que tengo en la ciudadela.

ESCENA XIII.

Dichos, GRIMAUD.

CHA. Está todo ya?

GRI. No.

CHA. Cómo no?

GRI. (*enseñando una cerradura que trae.*) Cerradura.

CHA. Y qué?

GRI. Rota!

CHA. Buena dificultad! Que la compongan.

GRI. Imposible!

CHA. Por qué?

GRI. La puerta...

CHA. Acabarás?

GRI. Destruida.

CHA. De veras?

GRI. Destrozada!

CHA. Diablo! El remedio fuera peor que la enfermedad, y yo seria responsable si ocurriese algo.— El Sr. Duque permanecerá en este aposento; pero no os apartareis de él un minuto.

GRI. Bien.

CHA. Se aumentarán los centinelas de afuera.

GRI. Ya estan.

CHA. Voy á cenar al castillo de Noisy le Sec, cerca de aquí, y me hallaré de vuelta antes de las nueve.

GRI. Bueno.

CHA. (*dándole á Grimaud un golpecito en la cara.*) Tú no careces de inteligencia, y haré que te den una gratificación mañana.

GRI. Gracias.

CHA. Hasta la vista, señor Duque. (*Beaufort le contesta con la cabeza.*)

GRI. (*cerca de la puerta dice á Chavigni que pasa el primero, señalando á la cerradura.*) Sólida! (*vanse.*)

ESCENA XIV.

BEAUFORT solo.

Permanezco aquí! Respiro, y espero aun! Pero ese Grimaud que no se apartará de mí... Cómo hemos de evitar sus miradas incesantes, su atención eterna? (*yendo á la ventana.*) El Gobernador acaba de montar á caballo.... Ya somos dueños de la plaza!

ESCENA XV.

Dicho, MARIA, LARAMEE, luego GRIMAUD.

LAR. (*sale con platos que deja en el armario del fondo.*) A la mesa, á la mesa!

MARIA. (*con un cesto que contiene diferentes objetos.*)

Aguardad un instante, sargento; vuestro apetito habla mas alto que vuestro amor, según veo.

LAR. Los dos son igualmente feroces, prenda mia!

BEAU. Amigos, las categorías desaparecen en la cárcel, y quiero ayudaros yo mismo. (*ayuda á Maria á colocar la mesa en medio, y á poner el mantel. Maria y Laramée traen los platos y cubiertos.*)

LAR. Cenar con un príncipe! Qué honor!

MARIA. Voy á figurarme que soy lo menos, lo menos, una Duquesa.

BEAU. Duquesas hay que no son tan bonitas como tú, perla.

MARIA. Con que las hay mas feas que yo?

BEAU. Pero cenemos con mil santos! Tengo hambre y tengo sed! Y además, el buen vino le hace á uno soñar con la libertad! Vamos, vamos, á la mesa!

MARIA. El señor Duque debe ocupar el sitio preferente. El tortolito sensible ahí... y yo, aquí.

LAR. Ah! Conque no estaré al lado de mi mujercita?

MARIA. Y la etiqueta, Laramée, y la etiqueta?

(Beaufort se coloca en el centro de la mesa, Maria á su derecha, y Laramée á la izquierda.)

BEAU. Amigos míos, lo primero que haré será brindar por una dama, cuyo recuerdo no me ha abandonado nunca: por la Duquesa de Montbazon! (bebe.)

LAR. (bebiendo.) Pues por la Duquesa de Montbazon, con mil bombas!

MARIA. Vuestra Duquesa, Principe, no puede hallarse mas contenta que yo en este momento!

LAR. Y yo voy á beber un segundo trago por mi Duquesa, que no cambiaria por otra alguna; pero no veo aparecer aun el famoso pastel!

(Grimaud sale ahora llevando una enorme empanada en una bandeja de plata.)

MARIA. Miradlo!

GRI. Pesado!

LAR. Monseñor, confesad que el pobre Grimaud, el cual es vuestra eterna pesadilla, no es tan malo en el fondo.

MARIA. Tiene buenos momentos.

BEAU. Porque espera que le toque su parte en el banquete.

GRI. Buena.

MARIA. Qué os parece este pescado, principe?

BEAU. Está excelente; y no lo encontraria mejor aunque mi cocinero mismo lo hubiese compuesto. (Grimaud, despues de dejar el pastel en el armario, sirve á todos echando vino, y especialmente á Laramée.)

LAR. (comiendo.) Es una colacion magnifica! Y por otra parte, no comprendo por qué no habiamos de tener nuestra comida de boda aqui.

BEAU. Y tambien otro banquete en celebracion del nacimiento de tu primer hijo, eh? Conque por las señas quieres que yo siga siendo tu preso?

LAR. Ya lo creo; y hoy mas que nunca!

MARIA. Monseñor debe resignarse, y llevar con paciencia su cautiverio. A no ser que logreis una felicidad inesperada, como la de Mr. de Garlin, que se escapó milagrosamente de la Bastilla en tiempos del Cardenal de Richelieu.

LAR. (bebiendo.) Todos los guardianes de la Bastilla son unos borrachos, unos torpés!

BEAU. (prestando la mayor atencion á las palabras de Maria.) Si, recuerdo ese nombre... Era un caballero Bearnés, un amigo del infeliz de Thou.

MARIA. Mi padre me contaba con frecuencia su historia, y la sabia de buena tinta, porque fué escribano de la causa.

LAR. Hola, Maria, conque vuestro padre anduvo en la cosa? Qué feliz casualidad! Contadme, contadme la escapatoria.

MARIA. No creo que os divierta mucho.

LAR. (bebiendo.) Al contrario, siempre es curiosa una evasion. (ap.) Y luego, asi se conocen mejor las tretas de los presos!

MARIA. (á Beaufort.) Escuchadme, y no perdais ni un solo detalle.

BEAU. y LAR. Ya escuchamos.

GRI. Y yo!

MARIA. Habis de saber en primer lugar, que el preso tenia á su lado un buen muchacho, como vos por ejemplo, Laramée.

LAR. Como yo?

MARIA. Oh! pero no poseia vuestra perspicacia, vuestro talento...

LAR. (lisonjeado.) Ah!...

MARIA. Vuestra inteligencia.

LAR. Oh!...

MARIA. Aquel guardian tenia de ayudante á un pobre hombre, colocado alli por cierto caballero enemigo del cardenal de Richelieu.

BEAU. Todo buen caballero lo debe ser de todo cardenal ministro. (mira atentamente á Grimaud mientras que Laramée bebe; Grimaud sigue impassible.)

LAR. Silencio, Monseñor; no hablemos de politica. Pero tomar de ayudante al primer advenedizo... Sabeis que debia ser un tonto aquel guardian?

MARIA. Sin duda. Pues señor, cierta noche, á una hora señalada, mientras que algunos amigos fieles estaban al pie de la muralla con caballos dispuestos, se le trajo al pobre preso su alimento para dos dias... un pan de seis libras y un cántaro de agua.

LAR. (riendo.) Pan seco y agua clara! No era tan bueno su banquete como el nuestro, vive Dios!

MARIA. Esperad, esperad! Aquel pan no era malo, al contrario, muy bueno, puesto que se habia cocido espresamente...

LAR. (riendo.) Quereis hacerme creer que era un pastel!

MARIA. Silencio, sargento; mi narracion interesa á Monseñor...

BEAU. Particularmente!

GRI. Esencialmente!

BEAU. Con que deciais...?

MARIA. Que aquel pan contenia... enteraos bien, principe... aquel pan contenia una escala de seda muy sólida; dos puñales, y una pera de ahogo.

LAR. (riendo.) Una pera de ahogo? Bien sé lo que es; una especie de mordaza...

BEAU. Ah! Con qué se las habeis hecho tragar?

(á Maria.) Proseguid, hermosa.

MARIA. Dicho pan lo habia traído... el ayudante de quien os hablé ya... fiel servidor que estaba en el secreto... (nueva mirada de Beaufort á Grimaud.)

LAR. (comenzando á estar algo alegre.) Ah! ah! ah! Si hubiera dado conmigo, que poco habria yo digerido aquel pan!

MARIA. En el instante convenido... á la hora señalada, el susodicho servidor, eligiendo el momento en que el guardian, un poco alterado ya por el vino, se llevaba el vaso á la boca... colocó el pastel sobre la mesa... (Grimaud va á buscar el pastel.)

LAR. (riendo y tomando su vaso.) No, no el pastel, el pan... No pensais mas que en pasteles! (el reloj dá las nueve.)

MARIA. Colocó el pastel sobre la mesa, diciendo...

GRI. (poniendo el pastel delante de Beaufort, y quitando lo de encima.) Abierto! (el duque coje inmediatamente un puñal, y tapa la boca á Laramée: Grimaud le pone la mordaza; Maria saca y despliega la escala de seda.)

BEAU. (apoyando el puñal en el pecho de Laramée.) Amigo mio, lo siento mucho; pero si te mueves, si haces ruido, eres muerto!

GRI. (despues de poner la mordaza al sargento, le ata las piernas con una cuerda á los palos de la

silla, mientras que el duque hace otro tanto con las manos.) Ahora te toca á ti ser mudo, camarada... (hablando muy deprisa.) En cuanto á mi, ya era bastante, ya era demasiado. Si, Monseñor; yo soy el escudero del señor conde de la Fere, vuestro amigo. A la entrada del bosque os espera mi noble amo con otros valerosos caballeros y escelentes caballos. Asi, Monseñor, manos á la obra, manos á la obra. Viva Paris y muera Mazarino! (aquí Laramée está ya enteramente atado; Grimaud toma una de los extremos de la silla, el duque el otro, y le llevan al aposento inmediato; Grimaud sigue diciendo.) Mientras vuestros guardias se beben la bolsa que os confisque esta mañana, y mientras que el sargento come su pera, que no está muy blanda, escapemos! (durante estas palabras, Maria ha colocado la mesa debajo de la ventana.)

BEAU. Pero, y esos malditos hierros?

MARIA. Grimaud ha limado dos anoche; mirad! (el duque con la ayuda de Grimaud quita los barrotes; el último los pone sobre la chimenea. Maria ata la escala á los hierros que quedan, y la arroja fuera.) Pronto, pronto! (se oye dentro un redoble de tambor.) Ah! soldados!! (con angustia.) Si vienen aqui, todo se ha perdido! (se aleja el redoble.) Se alejan! Partid! Partid! (el duque va á subirse sobre la mesa.)

GRI. Un momento, Monseñor; á mi me toca bajar antes.

BEAU. Por qué?

GRI. (con un pie ya en la escala.) Lo primero para probar la solidez de la escala; y ademas, porque si á vos os cojen, no os va mas que la prision, y si me atrapan á mi, seré ahorcado!

BEAU. Tienes razon. (Grimaud baja y desaparece; durante las siguientes palabras, el duque está sobre la mesa y empieza á bajar, hablando siempre.) Pardiez, querido Grimaud, tu no hablas á menudo, pero cuando lo haces tienes un pico de oro. Adios, hermosa Maria! Mi gratitud y mi amor serán eternos! (desaparece.)

MARIA. Dios os proteja, principe, Dios os proteja! Y como tiemblo! Si se rompiese la escala... si le descubrieran! Señor, señor! Tomad mi vida, pero conservad la suya!

VOCES (dentro, á lo lejos.) Viva Beaufort!

MARIA. se ha salvado! Se ha salvado!

ESCENA XVI.

MARIA, CHAVIGNY, luego LARAMEE y guardias.

CHA. La duquesa de Montbazón aqui! (llamando.) Hola! Hola! Buscad, buscad á S. A!... (dos de los soldados se precipitan en el cuarto de la derecha; los otros dos se quedan á la puerta.)

MARIA. (señalando á la puerta.) Ya es tarde, señores! La Fronda ha recobrado su gefe!

CHA. (aterrado.) Cielos!

LAR. (saliendo del cuarto y arrojando con rabia las cuerdas que han servido para atarle.) Señora, me habeis perdido!

MARIA. Haré tu fortuna! Pero señor gobernador, besadme la mano; ya sabeis que os lo ofrecí para cuando estuviese libre el principe.

CHA. Siquiera cumplis vuestra palabra, señora. (le besa la mano.) He aqui un beso algo caro, y que pagaré en la Bastilla.

MARIA. (riendo.) Pues bien, Maria Michon os enviará alguno de sus pasteles.

CHA. Acaso vos misma tengais que espiar alli vuestra generosa y atrevida empresa!

MARIA. ¿Qué me importa si he salvado al principe, si he devuelto su defensor al pueblo? Yo sé que la historia me hará justicia; yo sé que los corazones nobles y elevados me comprenderán... y me aplaudirán!

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID: 1848.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, NÚM. 13.

MARIA. Mi padre me contaba con frecuencia su historia, y la sabia de buena tinta, porque fue escribano de la causa.

LAR. Hola, Maria, conque vuestro padre anduvo en la cosa? Qué feliz casualidad! Contadme, contadme la escandalosa.

MARIA. No creo que os divierta mucho.

LAR. (bostezando.) Al contrario, siempre es curiosa una evasión. (y.) Y luego, así se conocen mejor las tratas de los presos!

MARIA. (á Beaufort.) Escuchadme, y no perdais ni un solo detalle.

BEAU. Y LAR. Ya escuchamos.

GRI. Y yo!

MARIA. Habéis de saber en primer lugar, que el preso tenía á su lado un buen muchacho, como vos por ejemplo, Laramée.

LAR. Como yo?

MARIA. Oh! pero no poseia vuestras perspicacias, nuestro talento... Ah!

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
—La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.
EN DOS ACTOS.
El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tío.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza.
El robo de un hijo.
Los pasteles de María Michon.

Dos noches, ó un matrimonio agradecimiento.

—Las dos épocas, ó restauracion y terror.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Londres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatía.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.

EN CINCO ACTOS.

Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
María Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeux.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte-Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.

Jos

Queda oculto á la
Dios, 6 cuadros.

Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Perder el tiempo.
Un error de ortografía.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.
Una actriz improvisada.
—Cosas del dia.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José Maria, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
Un tío como otro cualquiera.
—El cautivo de Lepanto.
—El tío y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.
EN DOS ACTOS.
En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.
EN TRES ACTOS.
El médico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.

A las mascaras

Con sangre el honor
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.

EN CUATRO ACTOS.

El trapero de Madrid.

entona

accion tal ca

or de un castellano y deber de
una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de
Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
El Pacto con Satanás.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
—Padilla, ó la traicion de Villalar.

EN CINCO

—El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un
artista.
Los dos Fóscares.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.

NOTA. Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.